

RUBÉN SÁNCHEZ MUÑOZ,
La vivencia religiosa en Edith Stein. A cien años de su conversión y ochenta de su muerte

Edición Lambda (1ª ed.), México 2022, pp.136
ISBN: 978-607-99983-3-2

El trabajo desarrollado por Rubén Sánchez Muñoz sobre *La vivencia religiosa en Edith Stein. A cien años de su conversión y ochenta de su muerte*, nos conduce a una reflexión en torno al pensamiento de Edith Stein, por lo que exhortamos su lectura para tener una visión holística de lo que le aconteció en una descripción fenomenológica sobre su vivencia religiosa. Quisimos nombrar a esta reseña Experiencias religiosas: una descripción fenomenológica de la vida en Edith Stein, porque es una de las tantas reflexiones fructíferas que podemos sacar de esta obra.

El texto se divide en 9 apartados breves en torno a las investigaciones hechas por el autor respecto al tópico de la vivencia religiosa, que es una de las posibilidades de trascendencia que se da en el ser humano como fruto de una aceptación que da de Dios y por la cual entabla una vivencia personal con Él.

En el libro encontramos un hilo conductor para comprender con precisión el tema de la vivencia religiosa, por lo que no es gratuito que inicie con el tema de una crisis espiritual que inquietó siempre a la filósofa y que padeció entre los años de 1906 a 1913. Las relaciones que va a entablar con algunos intelectuales harán que poco a poco se vaya adentrando al fenómeno religioso como, por ejemplo, R. Ingarden, el filósofo polaco con el que intercambiaría distintas cartas y comentaría el azaroso camino de su orientación religiosa.

Hacia 1907 se había formado la Sociedad Filosófica o Círculo Fenomenológico de Gotinga, en el que había figuras como D. Von Hildebrand, J. Héring, R. Ingarden y M. Scheler. La presencia y amistad de Anne Reinach y otras amistades llevó a Stein a que abriera las primeras puertas a lo religioso y la fe, que para ella significó un mundo nuevo de valores que hasta ese momento le era desconocido. Con las enseñanzas de Adolf Reinach, Stein pone atención a su particular modo de vivir la fe y su talante intelectual.

Otra aportación crucial es la de la experiencia que impactó a Stein al entrar a una catedral, sorprendida por la atención de unas personas

que tenían un diálogo confidencial y personal con Dios. Notemos que la vivencia de Dios parte de un hecho real y concreto, que se da unas veces de manera originaria y otras de modo no originario, o sea, a través de vivencias ajenas. Por ello, uno de los capítulos está dedicado a mostrar de qué manera se cumple en la propia vida religiosa de Stein el fenómeno de la empatía, al que ella misma dio una importancia capital. Por empatía entiende “un acto de conciencia en el que nos es dado el fenómeno de la vida psíquica ajena y adquiere una importancia para comprender la relación entre Dios y el alma humana” (pp. 31-32). La experiencia ajena es la fuente a partir de la cual se le abre a la filósofa el orden de un nuevo mundo de valores religiosos, pero de unos valores que originariamente son de otros. Este aspecto es de mucho valor si pensamos, por ejemplo, en lo importante que es el testimonio de los hombres religiosos cuando queremos acercarnos a la religión. De este modo el autor señala el hilo que nos lleva a la vivencia de Dios y nos dice que: “Stein recurre a dos expresiones que nos permiten comprender el fenómeno religioso en su propia vida. El primero consiste en el descanso en Dios, el segundo en la vivencia de cobijo. Tanto para Stein como para Reinach, la vivencia de Dios como reposo y cobijo, que es una vivencia anímica [...], hace manifiesta tanto la esencia como la existencia de Dios. Y en tal vivencia no solo se nos revela la existencia de Dios, sino también lo que es Él, su esencia, se hace visible en sus últimas irradiaciones: la energía que nos apoya, cuando fallan todas las energías humanas, que nos regala nueva vida, fortaleciendo nuestra voluntad” (pp. 37-39).

Es curioso que Stein hable en plural de experiencias religiosas y esto porque Dios puede darse al hombre de distintas maneras y a través de experiencias diversas. Cabe resaltar que dichas vivencias resultan de una noción antropológica que Stein desarrolla en sus obras. La persona humana goza de una doble apertura: una hacia adentro, que permite tener un mayor conocimiento de sí mismo, y la otra hacia afuera, que le hace posible salir de sí y constituir el mundo con sentido. Asimismo, Stein presenta al hombre como un buscador de Dios y esto de manera esencial. Expresa que buscar a Dios forma parte del ser del hombre y que tanto en su interior como en el mundo externo el hombre encuentra indicios de algo que está por encima de él y de todo lo demás. La pregunta acerca de ese ser pertenece al ser del hombre y justamente ante esto deviene una toma de posición. Pero ¿qué entendemos por esta? Ante las vivencias, uno tiene el deber de hacer frente a lo que acontece, por lo tanto, las tomas de posición son un género de vivencias en las que la persona participa. Aquellas se fundamentan en lo dado en

la experiencia, en lo que aparece, lo que podemos llamar polo objetivo. Así se afirma que la experiencia religiosa es experiencia de algo dado en ella. Y frente a ello, se toma postura. Cabe aquí la apertura y posibilidad de comenzar a hablar de la teología de Stein, puesto que una de las posibilidades de dicha postura es la fe.

Para Stein la fe constituye el acto religioso fundamental. Se trata de una toma de posición en sentido auténtico. En *Ciencia de la Cruz* señala que la fe muestra al entendimiento al creador que ha llamado a la existencia a todas las cosas, y que es en sí mismo infinitamente más grande, más elevado y digno de amor que todas ellas. Enseña los atributos de Dios y, sobre todo, lo que Él ha hecho por el hombre. El hombre de fe se sostiene de Dios, y, a su vez, se siente sostenido por Él. A esta certidumbre, Stein la llama fe. Para la filósofa, el camino de la fe nos da más que el del conocimiento filosófico, porque nos conduce al Dios personal y cercano. Esta cercanía de entablar una relación con un Dios llevó a nuestra filósofa a la formulación de cierto misticismo, su célebre *Secretum meum mihi*. “Cuando la fenomenóloga Hedwig, amiga de Stein, le preguntó sobre su conversión, ella respondió *Secretum meum mihi*, mi secreto es para mí. Con esto Conrad-Martius daba cuenta de que la vida de Stein estaba en manos del Misterio” (pp. 97, 98).

En este sentido, Stein es situada junto a místicos como santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz. La Teología de Stein es clara al mostrar que el alma humana es espiritual y personal, y no es mortal. Es capaz de un crecimiento de la vida sobrenatural, y la fe nos enseña que Dios quiere ofrecerle la vida eterna, es decir, la participación eterna de su propia vida. El interior del alma es la morada de Dios. En cuanto al ateísmo nos señala que el problema reside en que el ser humano puede perderse fácilmente en el mundo, entregarse a las cosas superfluas y olvidarse de sí mismo. El olvido y el abandono de sí mismo implica para el alma el desconocimiento de sí; por tanto, conduce a la posibilidad de llevar una vida superficial y desordenada. También afín a Teresa de Jesús, considera que el alma es un amplio reino, una realidad profunda, a cuya posesión debe llegar el propietario. En este sentido, podemos decir que el ateísmo consiste en la negación del alma.

Stein invita de manera muy socrática al conocimiento de sí mismo, en el cual la persona es puesta ante sí como una realidad individual, cuya individualidad no puede apresarse en conceptos generales y termina, por tanto, siendo incommunicable. De la misma manera, el encuentro personal con Dios es un encuentro que resulta difícil de describir. La expresión con la que santa Teresa Benedicta de la Cruz resumió el as-

pecto fundamental de la experiencia religiosa en su sentido místico es el *secretum meum mihi*. Porque quien busca la verdad busca a Dios, sea de ello consciente o no.

Maricarmen Moreno Cirio